«LOS ENCUENTROS»

Cuando Vicente Aleixandre publicó sus *Encuentros,* lo primero que lamentamos, siendo amigos de él, es haberle tratado tan poco... Nos sentimos en un *lejos* muy particular de tan querido amigo. Nos quedamos sin... El retratista en este caso, en vez de *devorador de apariencias,* reflejaba, con la suya, distintas verdades humanas, convirtiéndose en una criatura que gracias al acreditado *disfrute de lo humano,* puesto de manifiesto a lo largo y a lo hondo de su poesía, demostraba sin la menor petulancia (traducida en maldito envaramiento prosódico) lo que tantísimos retratistas literarios y pictóricos no tienen: legítima autoridad. La autoridad, en el caso de Vicente, venía, como debe pasar siempre que un escritor se sitúa frente a un ser humano para resumir en síntesis obligada aquello en que consiste, del poso existencial ampliamente acreditado por sus versos. Aleixandre no ha utilizado a sus amigos como tema de una serie de prosas más o menos definitorias, convirtiéndoles en pretextos de una destreza en su caso literaria, sino como materia que, al convertirse en forma expresiva, perennizaba lo que en ellos siempre supuso motivo creador. Retratar sin experiencia contrastante obliga a quien lo hace *a explotar* fatalmente a las personas elegidas por el retratista para su propósito. Retratar a algunos seres queridos en una experiencia profunda, decantada, era hacerse eco de lo mejor de su vida, en algo así como en una calificadora bondad.

AUTORIDAD REVELADORA

El problema de la autoridad, que a nosotros nos parece importantísimo siempre que cualquier ser humano se asoma a un alma ajena, ha tenido y tiene en literatura y en pintura consecuencias hasta cierto punto de vista pavorosas. Acostumbrados por desgracia al retrato servil, aparencial, adulatorio, quienes creyeron en el penetrante, descifrador en suma, dieron en pensar que para evidenciar algo vivo lo importante era el tratamiento, el dispositivo artesano, poniendo a nuestro

alcance resultados tan superficiales como los llevados a cabo por los *pompiers* adulatorios, si que trastornados por procedimientos expresionistas en uno u otro grado. Muchos retratos de los llamados «modernos», son tan superficiales como los despreciados por «académicos», aunque distintos en apariencia... En el plano literario, el retrato llamémosle inteligente, suele desviarse en muchísimos casos por cauces *caricaturescos,* descifrando claves ajenas, a fuerza de pellizcos más que de resúmenes en totalidad. Como si hábilmente pellizcada la persona que de retratar se trata, entreabriese las claves íntimas para descubrir las cuales cualquier retrato se tiene que plantear. La falta de un entendimiento total de la persona retratada, desde la experiencia viva que autoriza una función tan delicada como es la de efigiar en profundidad a cualquiera, lleva a soluciones *particulares* en el terreno pictórico y a *caricaturales* en el literario que, por si fuera poco, subalternizan el quehacer a que se entregan el pintor o el escritor. Siempre hemos creído que esto ocurre cuando la autoridad de quien retrata flaquea. O cuando pintor o escritor en vez de *querer* en última instancia a las personas que protagonizan sus retratos, las tratan un poco como a «naturalezas muertas», como a «paisajes detenidos», como a un pretexto de su pictórico o literario quehacer.

El «devorador de experiencias» satisface su apetito mientras retrata, pero no *quiere.* Pertenece a la legión de los «retratistas de encargo», compuesta por respetables profesionales, dedicados a levantar acta generalmente de una piel... Para este tipo de retratistas, la cara es el espejo del alma; lo físico, la huella importante de un *dentro* casi inasible. Sus retratos no pasan en importancia de lo que suele llamarse documento en el plano de la vulgaridad municipal. Ordena cuatro datos, con los que pretende crear el mito nada menos que de la peculiaridad humana, y cumple... Sobre todo, cuando en el plano de lo literario no tiene en cuenta que lo que muchas veces se considera *característico,* es mucho más enmascarante que revelador... Los resultados, como todo el mundo sabe, son apoteosis aparentes —en el plano de la pintura— y estampas lírico-críticas en el plano literario. El retrato, adulatorio u objetivo, pone de manifiesto la indiferencia del retratista respecto al retratado, aunque en el caso de los ebrios de «procedimiento» se nos proporcione un resultado donde la forma literaria o pictórica embadurna, enmascara al modelo, en vez de penetrarle y descubrirle en su radical personalidad. Durante mucho tiempo, justo es denunciarlo, este tipo de retratos han abundado como una peste... La moda de definir con pocas palabras a quienes los pintores y escritores grandilocuentemente habían muchas veces embalsamado en inútiles palabreríos, llevó a los «modernos» a esas síntesis generalmente

incompletas, en las que en vez de gozar los valores profundos de una vida ajena, había que adivinarlos... El problema, como fácilmente se deduce, después de miles de experiencias inútiles, no estaba en el escaso número de palabras manejado, sino en que tales palabras procurasen no caer en lo simple, con pretensiones definitorias. Pues bien, lo primero que descubrimos en *Los encuentros,* de Vicente Aleixandre, no sólo es el cariño por las personas que efigia, sino la *holgura* con que las descifra, ajeno a preconcebimientos estilísticos, casi siempre esterilizantes. Lo que más nos cautiva en sus retratos cordiales, directos, conseguidos por necesidad y no por encargo, es lo que tienen de revelador abrazo, de confianza amistosa, de elegante sinceridad... Conviene recordar por lo pronto que el autor de *Sombra del paraíso* llamó a Bécquer *escuchador,* en adivinación sorprendente. Es conveniente, remitiéndonos a su poesía, tan rica en «alimentos terrestres», su manera de paladear lo vivo, sin duda una de las propiedades más significativas de su manera de ser. Para observar cómo este escuchador de los seres humanos, esta criatura que siempre ha vivido como proclaman los que más le han tratado, atentísimo al devenir constante de lo humano, afila su atención en tan complejo género literario, y procura, de acuerdo a una experiencia puesta de manifiesto en la medida que quiere y valoriza, hacernos partícipes de *cómo pasaron o pasan por la vida* quienes se convierten en protagonistas de sus peculiares retratos.

MANERA DE PASAR

El retratista *explota* a su modelo, siempre que le sorprende, convertido un poco en títere del mundo. Cuando alguna vez los aficionados a que los retraten se disgustan porque los cuadros que les han hecho ciertos pintores de nota nos resultan envarados, enterizos, disminuyentes, procuramos explicarles que la bondad de un retrato está en función de esa huella que produce determinada personalidad en un tiempo, y no por lo plantada que aparece la misma como en una nada existencial. Ya es gordo que infinidad de retratistas no sepan distinguir entre *manera de ser* y *manera de figurar,* por ejemplo. Y triste, que pintores universalmente famosos cobren fortunas a quienes las tienen por *disecarlos* en vez de perennizarlos de acuerdo a su más profunda manera de palpitar. Pero es que, generalmente, los que quieren que se les retrate piden por lo visto que se les eternice, *pasmados,* rígidos, convertidos en algo así como estatuas de sí mismos. La explotación del retratista está precisamente en eso: en convertir en *criatura con pedestal* a la que ha pisado la tierra pocas veces con sus

pies descalzos... Obsérvese que en un momento en que la fotografía ha vuelto a recuperar su prestigio perdido, reflejándonos para siempre como todo lo contrario de unos seres envarados, estúpidos, carecen de sentido los retratos pictóricos, donde los pintores explotan la pedantería siempre infundada de la criatura humana. Y obsérvese que *Los encuentros* aleixandrinos han aprendido de la fotografía última lo que ésta tiene de documento fiel de unas vidas corrientes, sencillas, acordadas con su normalidad y simpatía, en vez de lo que la apariencia humana a veces consigue de marioneta aparencial. No hace falta ser un entusiasta de las técnicas para proclamar algo que no siempre se ha dicho: la adultez alcanzada por la técnica fotográfica después de aquellos tiempos en que todo se hizo plásticamente, para evitar el *pecado* fotográfico. No descubrimos siquiera un Mediterráneo al señalar que la fotografía moderna, después de liberarse de la *tiranía del ángulo,* ha descubierto que donde la realidad más se confiesa es en ese estado de naturalidad al que últimamente se aplica con resultados dignos de todo elogio. Cuando el ángulo, que en definitiva no es otra cosa que el preconcebimiento, se sitúa ante la vida, dispuesto a cuadricularla de una manera más o menos moderna, la desjuga como ha podido observarse en tanta y tanta fotografía, rica en disposición y pobre en zumos... Cuando la fotografía poco a poco descubre que lo que tiene que perpetuar de la existencia es lo que la misma tiene de riqueza instantánea irrepetible, y que semejante valor hay que encontrarlo, como se encuentra la frescura del agua, aparece lo que podría clasificarse como período áureo de la actual fotografía, perennizando en profunda competencia con lo pictórico, valores que muchas veces no hay técnicas que puedan perpetuar. En este sentido, Aleixandre despedestalizando a sus protagonistas, humanizándolos al máximo, consigue como la mejor fotografía última que la palpitación literaria los glorifique sin mitificarlos. Cuando un poeta como él entiende que la mejor manera de subrayar una manera de ser es testimoniar la forma que la misma tiene de pasar por la vida con personalidad y gracia intransferibles, nos enfrenta con resultados donde lo que más cuenta son la fugacidad elocuente, el dato íntimo insuficientemente destacado, las costumbres incluso poco consideradas por analistas y estudiosos, de la persona que se trata de celebrar. Naturalmente que la manera de *celebrar* poética de Aleixandre, en trance prosódico, valoriza en cierta manera los planteamientos que el poeta realiza para escuchar el alma de sus seres queridos. Dado que lo que en su poesía resulta entrega evocativa, en su prosa se traduce por adivinación muy experimentada, enemiga por completo de resultados espectaculares, y que lo que en un verso hecho en tantas ocasiones de carne confiden-

cial, carente casi por completo de envoltura cutánea, en *Los encuentros* no busca el *trazo* ambicioso, que al desear resumir en muy pocas palabras verdades significativas, hace que el trabajo revelador cuente con una serie de elementos secundarios más inútiles que complementarios.

LO IMPOSIBLE

A la persona retratada se la convierte en marioneta o títere como se dijo, se la explota, siempre que el empeño en definirla se sitúa ante ella con una superioridad, lejos, muy lejos por fortuna de la manera de operar aleixandrina. En el área de la pintura moderna sobre todo, los que un día creyeron que se decía más de las maneras de ser, sintetizándolas de forma harto atrevida, pretendieron en tantísimos casos gracias a *atrevimientos* nada plenos, remansar en síntesis insuficientes valores vivos de muy difícil expresión. Es curioso que un lírico tan *atrevido* como el autor de *Espadas como labios,* sin embargo, haya prescindido de ellos siempre que ha intentado descifrar enigmas humanos, de aventuras expresivas arriesgadas. En *Retratos con nombre,* como en *Los encuentros* y en *Nuevos encuentros,* el poeta no se acerca a la experiencia amiga, dispuesto a ensartarla con la gracia de una serie de metáforas envolventes, siempre aproximadas, sino con las palabras transidas no ya de la experiencia acreditativa a que nos hemos referido, sino de un calor, de un pálpito podría decirse *cariñoso,* común denominador de todo su quehacer en este plano. La *altivez* de los retratistas, pictóricos y literarios, dio como resultado cuadros y prosas que *caracterizaban,* más que evidenciaban, a las personas elegidas. El retratista suficiente crea como si dijéramos una *clase* con quienes de una manera o de otra elige entre los mortales, en la que resplandecen valores utilizados por el pintor o el poeta, para ejercicio de sus habilidades. En nuestro caso, ocurre todo lo contrario. Vicente Aleixandre, a la vera en sus encuentros de criaturas humanas determinadas, huye de *lo distintivo,* convencido de que la riqueza humana está en *lo imposible.* Y es ese imposible, reflejado de tantas maneras en la familia humana, lo que el poeta andaluz persigue, sin necesidad previamente de convertir en «personaje», a la *persona* que trata de querer. Un juego metafórico abundante, fácil para él, le hubiera valido al autor estudiado, no sólo para acosar la distinción viva, sino para distinguirse, como ocurre generalmente cuando quien retrata explota el motivo de que parte. La palabra sencilla, estremecida, bien experimentada, con la que Aleixandre avanza por la riqueza íntima que se propone perennizar en sus *Encuentros,* enriquece

a la misma con el resplandor poco a poco conseguido por quien, preocupado por lo vivo imposible, es a ese valor al que se dirige, sediento de algo que los retratistas literarios y artísticos no suelen considerar. Se comprende, llegado a este punto, lo que hay de *desgalichamiento* incluso en muchos de los encuentros aleixandrinos. El poeta, que siempre fue más desgalichado que armado, más rendido que enterizo, es quizá en este importante apartado de su obra, donde se nos muestra altamente *mendigo* de lo que cualquier poeta tiene que buscar. Porque retratar para él, a la busca de lo imposible, es organizar *homenajes* palpitantes a la vida amadísima. Y el homenaje palpitante, todo lo contrario, como se deduce de una palabrería brillante, empeñado en sacar al retratado de sí. Aleixandre, con sus *Encuentros,* da una lección de todo lo contrario: de meter en sí, de concentrar en la criatura celebrada vida y misterio. Ya que desorbitar si se quiere por procedimientos pintorescos a un ser humano, lo convierte en habitante de un mundo excluyente, vedetístico, inhumano. Y lo que Aleixandre siempre consigue es poner de manifiesto, con palabras fervorosas y estremecidas, cómo *residió* en un tiempo determinado, la criatura considerada por su afecto como criatura singular.

RETRATOS NO LITERARIOS

En los antecedentes históricos de *Los encuentros* aleixandrinos hubo quizá magníficos si se quiere, pero demasiados *retratos literarios.* (O retratos demasiado pictóricos, siguiendo nuestro discurso.) Cuando un escritor o un artista decide destacar una figura o varias figuras de su tiempo, corre siempre un peligro: el de *literaturizarlas* en extremo. En eso, para qué insistir, los «modernos» batieron todas las marcas. Dispuestos a no mentir a lo *pompier* como sus antecesores, creyeron que su «mentira desnuda» —denominación magnífica que dio lugar a muchos crímenes creativos— conseguía objetivos indiscutibles, cuando en realidad no fue así. El *retrato literario* —como el *retrato pictórico*— tiene siempre menos de verdad que de *rebozo* pictórico o literario. «Hacer literatura» cuando se hace un retrato, es proponerse algo que no tiene que ver demasiado con evidencia de la manera más sintética posible una determinada manera de ser. El caso es que el «retrato literario», suele ser notable por lo literario, no por su capacidad descubridora. Y de lo que se trata, como Vicente Aleixandre ha demostrado, es de todo lo contrario. El «encuentro» en definitiva consiste en lograr *retratos no literarios.* En reclinar en la hierba de la literatura la capacidad para reflejar lo imposible de una

vida, que nos enriquezca precisamente por esa milagrosa capacidad. La prosa en nuestra ocasión dispone su tejido para empaparse de caudales humanos, que desde ella más o menos resplandecen. Esos «casi» y «acaso» tan significativos en la poesía de nuestro poeta, determinan en sus *Encuentros* como cierta conducta, incapaz de permitirse otra cosa que no sea el registro veraz, la anotación lúcida, el rasgo valorizador. Sobraban a Aleixandre recursos para imitar, y en su plano superar, a los autores de «retratos literarios» que le precedieron en el uso de la palabra. Pero a su quehacer lo llamó *encuentros* por algo. Y cuando quizá candorosamente ha dicho: «Soy uno de los poetas en quienes más ha influido la vida», salir al encuentro de ella no era cosa que debiera hacerse literariamente, cuadriculadamente, amaneradamente, sino dispuesto a enriquecerse con esos caudales que la naturalidad ajena convierte en ríos, en personalidad trascendente, como nuestro autor entusiásticamente pregona. Entre pregonero y vocero de las figuras con que Aleixandre ha ido creando poco a poco su museo íntimo, prefirió siempre ser su vocero. Y para funcionar como voz de algo tan recóndito cual es la intimidad humana, cualquier cuidado es poco, sobre todo cuando quien se adjudica papel a nuestro modo de ver tan peligroso, no ignora que la mejor manera de homenajear a una criatura viva es retratarla tal cual es.

ENCAJE DEL SER

El ser humano, que para gente provista de sentidos mal afilados supone una realidad demasiado tangible, para Vicente Aleixandre, como se desprende de sus colecciones de *Encuentros,* es algo tan delicado y tan milagroso como un encaje, como una urdimbre en marcha. *La vida es una vívida corteza, / una rugosa piel inmóvil / donde el hombre no puede encontrar su descanso, / por más que aplique su sueño contra un astro apagado.* El poeta no ve a sus pretextos retratables conclusos, rígidos, sino como a «maneras de pasar» por espacios determinantes de lo que llamamos existencia, inacabados siempre, obligados a hacerse siempre, ya que su encaje inconcluso es permanente trajín. Si él no nos hubiera dicho —y demostrado— que cantaba por todos en poema memorable (poema que nosotros leímos por primera vez cuando el libro donde se inserta, *Historia del corazón,* nos llegó a finales de 1954 al destierro voluntario), no hubiéramos entendido su aproximación a la delicada naturaleza humana, con la delicadeza evidente en sus encuentros. La estrofa donde se escribe: *Masa frenética de dolor, salpicada / contra aquellas mudas paredes interiores de carne. / Y entonces en un último esfuerzo te decides. Sí, pa-*

san. / Todos están pasando. Hay niños, mujeres. Hombres serios. Luto cierto, miradas. / Y una masa sola, un único ser, reconcentradamente desfila. / Y tú, con el corazón apretado, convulso de tu solitario dolor, en un último esfuerzo te sumes. / Sí, al fin, ¡como te encuentras y hallas!, orienta al estudioso de sus *Encuentros,* para mostrárnosle como un celebrante de problemas, como un paladeador de logros e incertidumbres, como un asombrado constante que «empujado, como mecido, ablandado», discurre en su disfrute de lo humano, por lo que lo humano tiene de conquista y de caída cotidiana, sin olvidarse de un *luto* llamémosle constitutivo, del que la criatura viva, tan querida por Aleixandre, nunca se puede librar. Diríase, como consecuencia, que en los retratos aleixandrinos lo que priva es el enfoque de una conllevancia: la conllevancia de ese luto irremediable. Y que lo que dimensiona a las figuras que el cariño del poeta eligió como motivos alrededor de los cuales palpar, como quizá siempre hizo, la riqueza de lo existente, es la calificadora bondad a que se aludió en un principio, y desde la que todo se comprende, como equidistante entre el bien y el mal. El retratista pudo intentar consuelos que a Vicente repugnan, porque en el dolor todo se templa, y no hay por qué, a la hora que se plantea un retrato, venirse con ternurismos de tres al cuarto... En sus *Encuentros,* por otra parte, se pudo celebrar con mayor júbilo —y pruebas no faltan en la obra poética de Aleixandre— lo que criaturas menos dadas como él al sabor de lo existente, anotarían al lado de una excesiva exaltación... Pero se prefirió, sin embargo, una sutileza penetradora y tibia, al extremo de hacer de este valor común denominador de toda esta parte de su obra. Para que la ternura, cuando es necesaria, se convierta en valor legítimo, y la alegría de enfrentarse con virtudes de la urdimbre humana, del encaje vivo, tema en todo momento para Aleixandre propicio al arrebato, no transmute en delirio lo que debe perennizar los valores de la criatura elegida, con la ponderada finura que caracterizan por lo general sus *Encuentros* personalísimos. Yo recuerdo una carta personal en la que respondiendo a una queja mía, Vicente me decía que lo importante —no la tengo a mano, y cito de memoria— es sentirse inscrito en una colectividad conquistada muy poco a poco por nuestra obra, para la que *en todo momento* existimos. Y recuerdo sus letras en el momento de este trabajo, porque lo que Vicente Aleixandre hace, cuando sale al encuentro del amigo querido, no es abrazarle tumultuariamente para brindarle el laurel de una felicitación barata, sino corroborar con una ternura inteligente de la mejor clase, que se ha existido para él y para unos cuantos como él, y que eso —aunque llegar a semejante conclusión ruborice— es verse acreedor a una recompensa que sólo bien sembrado en el

mundo del espíritu se llega a conseguir. No hemos hablado hasta aquí del *efecto* que los encuentros produjeron en los personajes elegidos por Aleixandre. Pero, o mucho nos equivocamos, o los mismos debieron suponer para la mayoría de ellos como una profunda, incuestionable corroboración. El retratado se debió sentir compensado de multitud, de infinidad de sacrificios. El residente, en un abrazo cordial e inteligente, debió de ver su luto comprendido, enaltecido, dignificado por quien, a pesar de todo el gozo que derrochó en su canto frente al beso del mundo, supo mucho, por desgracia, de sacrificios y dolor. Se dice fácilmente lo de que retratar es corroborar de la manera más gloriosa posible (¡sin pasarse!, como actualmente solemos decir ante los desmedidos), la cantidad de luto redimido, que es quizá a lo que de otra manera más simple llamamos existencia. Pero no cabe duda que en los encuentros aleixandrinos lo que más valoramos a estas alturas es la tierna y calificadora manera de encajar la vida ajena a que el sevillano supo entregarse, cuando para llevar a cabo sus *Encuentros,* sin caer en excesos caricaturescos, repetimos, ni ditirambos deformantes, se convirtió en algo así como en un *eco* de una realidad personalísima, en promesa de superación y mejoría...

MATERIA Y ESPECIE

Eco, escucha de unos valores que, sin ser a veces los más extraordinarios de los seres retratados, son probablemente los más significativos en un panorama de cosas profundamente entrañables. Lo que el retratista en sus encuentros tiene en sus brazos, no es simple *materia humana,* capaz de ser descrita de manera superficial o más profunda, sino *especie viva,* material muy querido por el poeta en este caso, tan diferenciado por él de lo que puede tener dos versiones: la dérmica o aparente, o la profundamente descifradora. El poeta que canta por todos y entre todos elige con sus encuentros, interesa señalar, aquellas criaturas que en diferentes momentos de su existencia se le convirtieron en referencias importantísimas de la suya. Convencido de que si los entiende como especie testimonial, cosa más importante en el terreno creador de lo que parece, es más grave y más seria la pretensión por él iniciada, a base de enraizamiento y elevación. Sabido es que los *testigos* se prefieren en este tipo de ocasiones de acuerdo un poco a la naturaleza de la obra de la que se tiene que dar testimonio. Estamos demasiado acostumbrados a que el retratista, cuando crea personajes a su alrededor, para que den fe entre tantas cosas de su existencia llamémosla creadora, los concierta un poco en referencias elocuentes de algo, absolutamente ajeno a su

personalidad. El retratista da fe como le es posible del ser retratado. Pero una efigie, entendida de forma superficial y en pecado de espectacularismo, está aplaudiendo a lo largo del tiempo el aire, hasta cierto punto demiúrgico, de su evidente creador. Los retratos *agradecen* fuera del tiempo, gestos creadores sobre los que no vamos a insistir en este caso. Salvo cuando, y aquí sí queríamos llegar, creadores del rango de Aleixandre los sitúan en su galería como *compañeros* más que como *falsos mitos;* como testigos siempre de lo que supuso su aventura creadora, pero en un terreno, como si dijéramos, de particular igualdad. Ante la especie viva, Aleixandre no se inclina, no se arrodilla como suelen hacer en el peor de los casos los retratistas aduladores... Sino que cobra conciencia de ella. La rinde el homenaje que todo creador está siempre dispuesto a rendirle en todo momento a lo que le acompaña con suficiente conciencia y lealtad. En este mundo lleno de materia humana, las especies vivas efigiadas por el autor de *Poemas de la consumación* son algo así como *sus leales.* Gentes que, en un sentido o en otro, supieron dar a su condición de criaturas el relieve íntimo por el que el retratista entendió que no podían faltar en la serie de sus *Encuentros* generosos. En ellos, su autor exalta valores, como los amigos celebran virtudes: con discreción y contento. En ellos, el poeta celebra el salto importante de materia humana a especie viva dado por sus encontrados, con esa alegría con que dos personas que hondamente se quieren, comprenden juntos el mismo suceso vital. El salto al que nos referimos, como es sabido, se produce en el ser, cuando gracias a su desarrollo, el mismo tiene algo de música peculiar, distinguida. Pues bien, los encuentros aleixandrinos se hacen eco de esa musicalidad entrañable que distingue a ciertos seres humanos, sin tornarlos presumidos, dislocados, falsos, sino más legítimos si cabe, más auténticos, más llenos de sí. A tal punto, que de los que no somos amigos, ¡lo quisiéramos ser! No descubrimos nada diciendo como resumen que la mayoría de los retratos *informan como a distancia...* Que lo que nosotros sentimos frente a un retrato normal, corriente, es cualquier cosa, menos un afán de fraternizar. Pues bien; en el caso de los encuentros de Aleixandre, suele ocurrir todo lo contrario. Saliéndose de ellos más amigo del amigo, y como hondamente familiarizado, respecto al simplemente conocido. La calificadora sensibilidad vicentina tiene la virtud de acreditar lo más importante para nosotros del ser humano: su facultad de encarnar los afectos... Y ninguno de los elegidos por el autor de *Sombra del paraíso,* sin caer por culpa de su exegeta en el apartado de *los distinguidos,* deja de pertenecer a la escasa categoría de esas gentes que nosotros consideramos de *buena encarnadura.* A las gen-

tes de vocación solidaria, fraternizar nos resulta ejercicio predilecto. Quienes como consecuencia del encaminamiento a la poesía hemos conseguido hacer cada vez más grande nuestro abrazo, nos enriquece como nada encontrarnos con criaturas de las que Aleixandre prefiere, entrañadas, encarnadas cordialísimamente por su comprensión. Porque el poeta, no *las destaca* y exceptúa de todas aquellas con quienes convive. Sino que las disfruta fraternalmente como quisiera hacerlo con tantos y tantos, a los que no conoce. Convencido —y convenciéndonos— que por encima de todo lo que en la vida hace el hombre materia, hay mucho todavía que le convierte en digna espuma creacional... El encuentro de Aleixandre con el amigo, es la proclamación de la amistad como triunfo solidario y no exquisito-excluyente. Lo que encuentra el retratista en quienes fueron testigos de su proceso no es esa envidia de la que tanto se culpa al ser humano, sino el afecto, el hondo afecto que le convirtió en «poeta sin versos» en el peor de los casos. El mundo, una vez conocidos *Los encuentros* aleixandrinos, no puede convertirse de materia gratuita en un paraíso bobalicón y de un ingenuismo fatigante... Sino en espacio difícilmente redimible de sus defectos, pero enriquecido y, por consiguiente, compensado en virtud de los valores que en la especie viva el poeta constantemente descubre. «Yo me conozco, pues que pienso, y miro a los demás», llegaría a decir el autor de *Diálogos del conocimiento, ¡Cómo en ti sumergí mis ojos claros, / mundo real. Nací pues que existías,* afirmaría en este libro, corroborando que el poeta a fuerza de cantar va creándose una encarnadura, capaz entre tantas cosas de dar fe del milagro real y humano que constantemente le rodea. El problema, y en Aleixandre se ve muy claro, no está en tender en solitario más y más a la poesía, en la medida que la encarnadura aludida se convierte en su mejor estilo, sino en celebrar, en encontrarse con criaturas que por diferentes caminos encarnaron o pretenden encarnar todo lo que la especie viva es capaz de descubrir. Para ello, la amistad, el encuentro con lo humano, la pasión por un mundo poblado de seres semejantes le lleva al poeta a no olvidarse de aquellos a quienes la encarnadura, el dentro, no siempre se les hace canto. Y de ahí la necesidad de encontrarse con quienes el poeta considera hermanos de luz.

ENCONTRARSE

La manera de encontrarse Vicente Aleixandre en aquellos que ha preferido para tema de sus retratos, justifica por otra parte dos cosas: la poesía como formulación de lo imposible, ampliamente cultivada por el sevillano, y la manera de situarse al lado de los que con

su capacidad de comprensión quiere. *(Qué insistencia en vivir. Sólo lo entiendo / como formulación de lo imposible... Un pensamiento lícito es un hombre.)* La especie viva reside en el mundo para cantar en el mejor de los casos, parece siempre decirnos, pero también el que no florece su encarnadura en versos, como muchos de los protagonistas de sus *Encuentros,* pueden componer una estirpe contra la que el viento, considerado enemigo en alguna ocasión dentro de cierto poema aleixandrino, no tiene nada que hacer. El problema no está en la desorbitación, en el delirio, sino en el enriquecimiento de los límites. Toda su poesía es una afirmación, muchas veces de un aparencialismo desquiciado, y cuando le vemos en sus *Encuentros* confirmamos que lo que este poeta siempre pretende es no desquiciarse nunca, no desenraizarse para justificar el delirio, sino entrañar profundamente pasos y latidos, conquistas propias y realidades ajenas, capaces de confirmar lo que en la especie viva hay de posibilidad. Si se nos permite una síntesis arriesgada, Vicente Aleixandre pertenece a los poetas españoles, con alas tan jóvenes, tan libres, como pecho y corazón siempre metido en años. El retratista que comprende *el poso* de quienes analiza en sus *Encuentros* nos demuestra que lo que prefiere en este mundo, pese a la riqueza evidente de su expresividad lírica, no es la manera de *pretender* un riesgo, sino el *enquiciamiento* a que el mismo conduce. Miró siempre con claridad, desde la curiosa naturaleza azul de sus ojos, en virtud de la cual siempre ha sido más joven de lo que era, pero conoció la vida y lo humano con el entrañamiento, con la encarnadura con que ha reflejado en sus *Encuentros* a quienes celebró con solidaridad evidente. En Aleixandre late siempre, pese a su poesía radiante, encendida, de apasionamiento peculiarísimo, algo así como un irremediable desencanto... Desencanto que el poeta valoriza cuando, descubierto en quienes efigia de manera muy distinta, no ha sido obstáculo para logros o pretensiones elevadas. Con sus encuentros, por consiguiente, al mismo tiempo que rinde los homenajes propuestos, ha pretendido muchas veces *encontrarse*... Descansar para coger fuerzas, con el fin de continuar el peregrinaje inacabable que en última instancia es siempre la poesía. El ave canta a quien la contempla, no se sabe si para agradecer atenciones o para coger fuerzas... El poeta se encuentra en una parte de su obra con gentes a las que profesa gran estima, para que sus contemporáneos y quienes le siguen lo sepan, y para encontrar en ellos, no tanto un apoyo como una profunda corroboración. A las gentes de la encarnadura de semejante creador, todo se les presenta válido y «hermoso como un caudal sin límite». Dado que lo que quisieran no es un mundo en el que la desdicha imperase como ocurre en el desquiciado y presente, por des-

gracia, sino otro en el que *el enquiciamiento* fuese algo que excluyese el éxito falso, el triunfo aparencial. Aleixandre, encontrándose en sus encuentros, y pedimos perdón por el aparente juego de palabras, celebra a *encontrados*. El poeta, se trate o no de «poetas con versos», retrata a criaturas que en su vida comprendieron que lo que importa en este mundo es residir enquiciadamente en la vida, y que este enquiciamiento no nos produzca ni desasosiego ni confundidora inquietud. «Estrellas hay siempre que quieren ser pensadas», diríamos con el poeta. Pero ello, cuando hacerlo, no sea justificar con intranquilidad preocupante lo que sólo tiene que dar cabida a la honda preocupación. El problema es sentirse como la flor y esparcir vida, parafraseando al autor de *Presencias*. Y para ello, encontrarse como criatura que apura el duelo profundo al que en definitiva se debe, y, al lado, solidario en todo momento, del duelo de los demás. Acostumbrados tantas veces a llamar «encuentro» a la *huida*, al vuelo todo lo digno que se quiera, convendría aprender en el sevillano-malagueño lo que hay en su actitud de encuentro distinto, de encuentro entre sus semejantes, de entendimiento entrañable. Porque una cosa es el retrato que justifica lo que actualmente llamamos resultado realizado con arreglo a una «óptica», y otra ese *renacer en vida ajena* a que Vicente Aleixandre nos enseña en sus *Encuentros* solidarios, donde lo que podríamos considerar tierra poética no sólo se considera rica por la soledad que conlleva, sino por la cantidad de seres humanos que implica, que quiere, que comprende, que justifica.

PRUEBA

Sus *Encuentros* tan poco literarios podrían subtitularse por todo lo dicho «Encuentros amistosos», ya que el poeta los quiso como *pruebas* de su proceso, como legitimación humana de lo alcanzado por quien tanto consiguió líricamente. Cuando una persona quiere hacer un retrato de alguien —y no de encargo, naturalmente—, es porque ese alguien le importa como testigo de su desarrollo personal, de su tejer y destejer humano. Siempre que un creador busca en un semejante su manera de residir en el mundo, es quizá para corroborar en alguna medida los valores de su personal residencia, lo que consiguió como peregrino: un espejo calificador. En contra de los retratistas que espejean superficialmente la piel de una criatura determinada, están los testimonios descifradores de quienes, elegidos por un alma creadora para ser retratados, cuentan de la misma particularidades muchas veces desconocidas. El retratado, cuando se siente profundamente comprendido por el retratista, subraya de él —o si no la función de retra-

tar no se realiza— valores y detalles que complementan el deseado desciframiento. Aquí precisamente está o no está el gran valor de un retrato: en que retrate indirectamente al autor del mismo. Las marionetas a que nos referimos en líneas iniciales, orgullosas del supuesto pedestal sobre el que se elevan, no tienen categoría para, al mismo tiempo que confiesan su manera de ser peculiarísima, hacernos entrever la de su dueño. Una persona elevada a personaje por casualidad no tiene tiempo como si dijéramos de otra cosa que de asumir trago tan fenomenal... Ahora bien, los encontrados, como ocurre en el caso de *Los encuentros* aleixandrinos, se sienten tales en el conocimiento de quien los perennizó literariamente. El encontrado no lo es, si no se encuentra a su vera el estilo, la gracia, la manera de la persona que lo encontró. El encuentro propiamente dicho es precisamente el resultado de una criatura que descifra su contenido siempre enigmático, en el talante personal de otra. ¡Probándolo...! Acreditándolo. Puesto que, no es posible decir: «así soy yo, gracias a Vicente Aleixandre», sin contar todo lo mucho que éste puso en el desciframiento, en el encuentro de alguien que iba a probar su madurez. Llegamos aquí, cuando entendemos esta parte de la obra del poeta como una consecuencia de su madurez sobre todas las cosas, a algo que nos interesa señalar antes que nada: el maduro equilibrio de quien sale al encuentro de los seres humanos, como siempre que ante un motivo u otro inicia su canto. Y las propiedades joviales, camaraderiles, gozosas, candeales, que la madurez del retratista pone de manifiesto cuando, a la busca de un ser cordialmente estimado, definen sin pretenderlo matices y propiedades de su personalísima manera de ser. Los *trazos* del escritor no son rotundos ni expresionistas, sino estremecidos en principio y como cansados cuando alcanzan el límite de lo definitorio. En *Los encuentros* de Aleixandre, que no hay ambigüedad ni apuntes corroídos por una levedad siempre peligrosa, todo está, sin embargo, porque *está siendo,* como si quien ha pretendido llevarnos a una familiaridad cordial sobre todo fuese enemigo de la rotundidez. Lo que tiene de *prueba,* es lo que ellos en sí tienen de *propósito...* A mí me parece que sus encuentros deben valorarse más como *guaches* que como dibujos, aunque los *guaches* en este caso necesiten para cumplir su función definitoria de un esqueleto inevitable para producirse y trascender. Sería inútil elegir uno cualquiera y analizar los *tonos* que le sirven de fondo, de fondo, claro está, a la firme palabra dibujada que el encuentro aleixandrino en primera instancia supone. Porque el valor —y el encanto— de *Los encuentros* que nos ocupan, está precisamente en el perfil contrastado por tonalidades sensibilizadas de unos, y en el triunfo de esos tonos sobre el entramado dibujístico que en otros

impone su resonancia. En los labios del poeta una luz reveladora, convirtiéndose en amistad, perfila en colaboración con cierto elegante destartalo los seres por él queridos. Hasta que encontrándolos y encontrándose, consigue que las desolaciones del retratista y los retratados se conforten mutuamente. La madurez, glorificación viva de la experiencia, descifra al amigo y se siente comprendida por la criatura retratada. Como si... *Nadie me enseñó nada. Sólo la luz y el cielo, / o el agua y esos montes, o esas breñas o, abajo, / el arenal...* Aunque lo importante de quien a pesar de lo dicho busca encuentros con los seres humanos que más aprecia, es que no pretende contagiarlos con aquello que a él le desola, sino con tantos y tantos valores como han perfilado a lo largo de su obra el camino de su quimera. Este camino, tan distinto a nuestro modo de ver del frecuentado por otro poeta, Luis Cernuda, ni conforta por lo andado ni desmoraliza por lo sufrido. Se nos brinda en la manera que Vicente Aleixandre tiene de comprender los siempre quiméricos caminos de los seres por él elegidos, como algo acreditativo y nada más. El retratista, o el escuchador, el que cuando se decide al «encuentro» no busca alimentarse con nada de lo que fina, profundamente, descubre, rinde el homenaje correspondiente a quienes a pesar de sus desolaciones, de tristezas infinitas, de duelos inmensos, residen en la vida, siguen adelante. Como si lo importante de quienes siempre están solos, salvo en su pretendido y malogrado afán quimérico, fuera este diario afán cognoscente —al que nos acostumbró en su poesía Vicente Aleixandre—, estercolado como si dijéramos por la tristeza que inevitablemente producen las quimeras nunca logradas. En *Los encuentros* aleixandrinos, en última instancia, no hay nunca nada de triunfalismos, de felicidad, de júbilo excesivo. Sino enfrentamientos varios de la condición humana con la permanente adversidad que de una manera u otra la destroza.

DIALOGO

¿De qué habla Vicente Aleixandre con sus encontrados...? *Habla,* y eso es lo importante, cuando se sabe que la mayoría de los retratistas, sobre todo los artísticos, *callan.* ¿Cómo podrían definirse en última instancia *Los encuentros* aleixadrinos, llegados a este otro punto...? Como resultados de diálogos habidos por el poeta y sus amigos, mantenidos alrededor de problemas tan esenciales como preocupantes. El problema fundamental, claro está y él lo dijo, es ser un *eco entero.* Lo que Aleixandre intenta, evitando el riesgo del cartompiedrismo lamentable, es subrayar de una manera total, plena, la naturaleza que trata de comprender. Sin embargo, el poeta, consciente de

que la penetración en muchos casos parcializa, habla, charla con sus modelos, y no por aquello de imitar a los psiquíatras, sino para que el trazo definitorio no pierda nunca su categoría de elemento confidencial. Se diría que en sus *Encuentros* importa mucho más el *perderse* inicial que la resumidora síntesis. Para el retratista lo que vale es disponer, como en su tarea ocurre, de legítimas experiencias, de derroche humano, de entrega viva, para luego permitirse el lujo en la síntesis unitaria de *elegir* aquello que a la hora de la selección arriesgada diga más de la criatura que una serie de múltiples sumandos. «Podría haber elegido esto o aquello», pensamos ante el encuentro aleixandrino, cuando somos conocedores de la persona efigiada. Pero es que en la elección precisamente —desde fijarse en una nariz, a dar importancia al garbo, al aire, o al defecto— es donde hay que buscar lo palpitante de su personalísima manera de resumir. El escuchador no es sensible a lo más evidente muchas veces, sino a lo más recatado. Aunque luego, en posesión de valores que quizá un retratista más superficial no descubriera, dispone el encuentro pretendido con una sutileza, con una caladura, con una sensibilidad, en suma, sencillamente magistrales. El diálogo entre los dos elementos que determinan el encuentro, tiene valor y tibieza de coloquio. Puesto que, quien ha dado cuerpo a lo largo de una obra copiosa al menos empastado de los lirismos, no hubiera podido en esta otra parte de la misma, confundir diálogo entrañable con altisonante conservación.

Por otra parte, lo que hay en *Los encuentros* de sorpresa en el enfoque y de amplitud en la elección de valores, se debe, quizá, a la riqueza que lo surrealista siempre determinó en la tarea de Aleixandre. Una vez que nos instalamos en el mundo de *Los encuentros*, observamos que dentro de muchos de ellos hay contrastes, corrientes, direcciones que al encontrarse enriquecen de manera notable, y sin salirse del *tempo* señalado, la tarea del escritor. Obsérvese que no nos referimos a una riqueza metafórica, a ciertos atrevimientos prosódicos, etcétera. Sino a un curioso desenfado, a la amplitud con que el retratista avanza en el conocimiento de sus retratados. Lo que los superficiales llaman *parecido*, en este caso debe considerarse *personal misteriosidad* bien calibrada. Lo que un escritor sin la afluencia surrealista, siempre evidente en el proceso aleixandrino, no hubiera conseguido, aquí se logra en función del desembarazo, de la capacidad de riesgo, de la alegría —¿y por qué no?— con que el escuchador registra lo que valora de la manera más personal. Si no fuera por el temor a perdernos, diríamos que en *Los encuentros* de que tratamos hay, al lado de un entendimiento frontal, despreocupado, gravemente acometedor, como una *metodología* surrealista, cuando conviene. Que sin

necesidad de enriquecer los logros a la hora del hallazgo en extremo, hace que éstos deriven muchas veces de tierras impensadas, en las que Aleixandre encuentra motivos que únicamente de esta forma resulta posible descubrir. *Hermoso es, hermoso humilde y confiante, vivificador y profundo, / sentirse bajo el sol, entre los demás, impelido / llevado, conducido, mezclado, rumorosamente arrastrado,* según anotó el poeta en una de sus estrofas de más sentido social entre las que pueden elegirse dentro de su obra. Pero mucho más hermoso dialogar con quienes, pertenecientes a *los demás* como todos, conllevan por culpa quizá de su quimera, mucho más sentido del sacrificio y doble mayor compromiso en el plano de la responsabilidad. Dentro de ella, del sentido de la responsabilidad que a cada uno de los «encontrados» por Aleixandre categoriza, Vicente procura no perder un contacto que como alma en vuelo corre siempre el peligro de perderse: ese gran corazón de los hombres que palpita para él extendido... Ese corazón que, cuando el poeta pierde, le obliga a hacer lo que Aleixandre nunca proclamaría: que son inútiles todos los «encuentros»... ¡Que es inútil enriquecer la vida con «encuentros», de los que no puede deducirse riqueza, humanidad profunda, verdad original...!

LOS DEMAS

Nunca hemos leído un estudio, un texto sobre esos nombres que a la cabeza de muchos, infinitos poemas, merecen el honor de una impresa, exclusiva dedicatoria. Los poetas eligen entre seres queridos aquel o aquellos que se merecen la aventura descifradora de su poesía y nadie —al menos que nosotros sepamos— ha dedicado a quienes tuvimos la suerte de ser el primer destinatario de algún poema el estudio de lo que supone en la vida siempre misteriosa y compleja del correspondiente creador. El cantor, el celebrante, el poeta, necesita como de un testigo que certifique con su presencia nominal el hondo empeño de su tarea. Quien parece descubrir lo que fundamenta su vuelo en la soledad más completa, elige entre un número determinado de amigos, y entre los seleccionados uno, al que convierte en testigo esencial de su labor. No se sabe, o nosotros al menos no lo sabemos, el efecto que semejante selección produce en la persona escogida. Pero no cabe duda que ésta, poco preocupada a lo mejor de atención tan importante, es la elegida por el poeta como representante de *los demás*. La criatura a que un creador dedica este o aquel canto, da fe de manera intemporal, de lo que el poeta en un momento importante de su vida convirtió en canto imperecedero. El ser humano al que por siempre quedan *dedicados* un puñado de versos, que suponen en la

vida de otro hombre algo importantísimo, pertenece a la casta que Vicente Aleixandre supone merecedora de sus *Encuentros*, de sus retratos fraternos, de sus diálogos entre manera de vivir y maneras de pasar. El creador, lo mismo al dedicar una cualquiera de sus creaciones, que cuando en *Los encuentros* a que venimos refiriéndonos, trata de eternizar a testigos que han supuesto espectadores muy importantes de su desarrollo, según quedó apuntado, no se exceptúa de los demás ni trata de convencer a nadie de que entre los demás sean sus pretextos lírico-biográficos personajes. Sino, eso sí, que fueron, pese a todo lo que a ello se opuso y constantemente se opone, *personas* de las que muy deprisa suelen denominarse de «carne y hueso». Destinatarios incuestionables de su personal labor. En los retratos aleixandrinos están queridos con un agradecimiento peculiar y profundo *los demás* que hacen imposible dentro de su ética creadora sentirse sólo en la nostalgia y en la vida maravillosa de lo cotidiano. *Porque yo nací entero cada día, entero y tierno siempre, / y débil y gozoso cada día hollé naciendo / la yerba misma intacta: pisé leve, estrené brisas, / henchí también mi seno, y miré el mundo / y lo vi bueno.* Y era preciso que en un apartado poco importante en apariencia de su obra, *los demás*, un puñado de criaturas que por sus caminos personales hicieron dentro de sus límites lo mismo, sometidos a la tensión heroica, charlasen, conversasen, dialogasen con el poeta de lo mejor y más puro del mundo, olvidando, como corresponde, todo aquello que niega, sabe Dios por qué razones, su sempiterna maravilla creadora.

Si *los demás* de Vicente Aleixandre hubieran sido elegidos entre personajes con pedestal, de los que de tanto insistir en aparentar dejan muchas veces de ser y se dedican a bastardearse a lo brillante, sus *Encuentros* tendrían algo de «galería de retratos *ilustres*», poco del agrado de quien, cuando alguna vez dijo «el hombre no existe», debió ser por sentirse atacado por la falsedad ajena, por la petulancia huera. Porque el autor de *Pasión de la tierra* buscó encontrarse entre quienes para realizarse no dejaron nunca de pertenecer a *los demás*, no se sintieron nunca con derecho a exceptuarse de manera tan ridícula como «selecta», sus *Encuentros* tienen siempre algo, por encima de todo, de lecciones de modestia y de tratados de idoneidad. En toda su poesía lo inmediato y lo idóneo, conviene recordarlo, logran una nupcia expresiva de voltaje nunca frenético, pero siempre cálido. Escribiríamos al llegar aquí sobre «Después de la guerra» *(Diálogos del conocimiento)* todo lo que este poema, desde que le conocimos, siempre nos ha inspirado... Pero no nos queda otro remedio, aunque no lo hagamos, al recordarle de pasada que aludir a él, porque en su trama

lírica nos parece más evidente que en ningún otro quizá del mapa aleixandrino, la actitud respecto al mundo, a la vida, a *los demás,* puesta de manifiesto por el creador estudiado, cuando en contacto con sus semejantes no quiere de ellos —a cambio de bondad y entrega— otra cosa que profunda comprensión. Dado que les exige, si ello es posible en alma creadora de las características del autor de *Espadas como labios,* que a la hora de la elevación humana inexcusable no desdeñen nunca la humildad... ¡Qué profundo y qué humilde el autor de «Después de la guerra», en un momento de su vida lleno probablemente de graves inquietudes y preocupaciones...! ¡Qué humildes y qué necesitados de ser cada vez más legítimos salimos de la lectura de sus *Encuentros,* entendiéndolos como *radiografías de un clamor profundo* tantas veces desatendido, en vez de elogios ditirámbicos de esa importancia externa a la que el hombre tiende de manera fatal, cuando es incapaz de vivir enquiciado respecto a su importancia esencial!

GALERÍA DE LATIDOS

Al resumir todo lo abocetado en este ensayo sobre *Los encuentros* aleixandrinos, destaquemos cual rúbrica necesaria lo que en el quehacer del poeta los mismos suponen, como premio humano, como contraste vivo, como refrendamiento de una dedicación que acepta los mismos, cual se aceptan muchas veces esas palabras gracias a las cuales nos sentimos más firmes e idénticos a nosotros mismos. Las radiografías de los demás, elegidas por Aleixandre, no son un *conjunto minoritario* donde no caben, como siempre que se trata de elegidos más que de seleccionados, sino todos aquellos que, leales a un vuelo y a una conducta, pudieron ser motivo de otros encuentros, de otros retratos, de otros abrazos entrañables. El poeta creó una manera de ser libre, y pregunta en sus encuentros —si se quiere de forma indirecta—, a quienes se acerca con sencillez y profundidad naturalísimas, si la libertad por él conseguida les parece esencial verdad histórica. Y para ello, en lugar de acreditar lo que en sus amigos pudiera haber de material más apto para el brillo, pone en evidencia lo que los mismos alcanzaron en el clamoreo entrañable de sus vocaciones, de la misma manera que él liberó con legítimo acento lírico su manera de ser. Unas y otras personas de las que el poeta eligió para *contrastar resultados,* no importan tanto por lo que *alcanzaron,* sino por cómo y de qué manera *latieron.* Lo que en tantas ocasiones suele denominarse «galería de personajes *ilustres*», puede llamarse —y en nuestro criterio tal nombre merece— «galería de personas de acreditado latir». Porque en el cañamazo de lo vivo, aquello que seriamente importa no

es lo que se organiza, sino lo que natural, espontánea y seriamente se teje. No es lo que preconcebidamente se eleva con voluntad tesonera, como hacen quienes para justificarse dan a su obra cierto aire funerario de tumba, sino aquello que se consigue claro está a base de legítimos latidos, de esos latidos peculiarísimos en los que Aleixandre encuentra a sus retratados, vengan de donde vengan y hagan lo que hagan. El encuentro, en fin, es como un medir en un puñado de latidos predilectos aquellos que dentro de la obra se convirtieron —podría decirse— en constantes. *Los demás* elegidos por el creador, en latidos tan humanos como los de todos sus semejantes, acreditaron una categoría que, como la del retratista deseoso del refrendo señalado, no dejó en ningún momento —cosa más importante de lo que parece— de pertenecer, por muchas y quizá interminables razones, a *los demás*. En tiempos comunitarios como el nuestro, en los que sólo saben asomarse al futuro quienes viven y crean vinculados con los demás, dentro de una solidaridad importante, en absoluto impuesta, *categoriza* esta vinculación que tantos pretenden y tan pocos consiguen. En momentos que al admitirse como superada aquella faceta que recibió el nombre de «deshumanización del arte», todo el mundo busca cantos, mundos formales, espacios sinfónicos donde sean posibles templarse gentes que o son porvenir o no son nada, ¡magnífico el gesto de Aleixandre buscando en personas capaces de responder de la legitimidad de su canto o su conducta, de su actitud ante el hombre y la vida lo que las mismas consiguieron de categoría no excluyente, de dignidad incapaz de olvidarse ni por un sólo momento del ser normal y sufriente! Vicente Aleixandre ha conseguido una poesía que devuelve a un pueblo español dignificado por el esfuerzo obligado de comprenderla, aquella savia, aquella riqueza que los auténticos poetas consideran la clave como si dijéramos de su riqueza. Y los pretextos utilizados por él para la consecución de sus *Encuentros* tenían que ser personalidades que elevándose como es natural y en función de la cultura, de aquellos que muchas veces se despreocupan de la elevación imprescindible, latieron con lo sano de sus semejantes, para que lo que iba a servir de testimonio de la obra aleixandrina la proclamase por encima de todo sana, vinculada, con raíz en lo español antifolklórico, como lo quiso siempre quien, por culpa de su vuelo, hizo doblemente verdadera su personalísima canción. Ni Aleixandre, ni quienes tuvieron el honor de ser efigiados en sus *Encuentros* se permitieron nunca, por ejemplo, creer superficialmente en *la felicidad,* como aquellos españoles, un poco de espaldas a su obra, empeñados por culpa de su superficialidad, en no comprenderla. ¡Porque creyeron en *la dicha!* Y por ello, cuando la latieron desde planos

muy distintos de la vida elevada o normal española, bien en la poesía que hizo de la dicha sobre todo una meta, o bien habiéndose sentido distinguidos por ella en función de algo que no tiene que ver por fortuna con la clase, se dieron cita en una serie de «encuentros» donde, probablemente, lo que su autor dejó más acentuado fue la dignidad de ser hombre capaz de no traicionarse, ni por la mediocridad ni por las cada día más abundantes y despreciables mixtificaciones.

ENRIQUE AZCOAGA

Conde de Peñalver, 62, 1.º izqda.
MADRID-6